

Los fusilamientos del 3 de mayo

Voy a morir. Y no hay remedio. Frente a mí está el pelotón de los franceses con las armas humeantes.

Acabo de ver como caía acribillado el Blas. Nos conocíamos desde chicos, cuando jugábamos a las canicas en los veranos. Y ahora está ahí, como un muñeco roto sobre un charco de sangre; como voy a estar yo dentro de un instante.

Ya nos empujan para que nos situemos de espaldas a la pared de la montaña de Príncipe Pío. No comprendo por qué estoy aquí. Yo no he hecho nada.

En la oscuridad distingo una mujer que sostiene en sus brazos el cadáver de un muchacho, quizá su hijo. ¿Cómo le dirán a madre que he muerto?

Esta mañana, hace apenas unas horas, salía yo de casa y me ha mirado.

-¡Qué *apañao* va mi niño! Ya sé con quién vas a verte, te has puesto la ropa de domingo: tu mejor camisa blanca y tu pantalón amarillo, el más nuevo.

-Hasta la noche, madre.

-Ten *cuidao*, los gabachos se creen los amos; son perros que atisban con lujuria a las mujeres y humillan y desprecian la hombría de los que las defienden. Con un fusil en la mano y en grupo es fácil ir de valiente. He oído en la plaza que esos fanfarrones están preparando la marcha del pequeño de los infantes; hay muchos dispuestos a no consentirlo, ¡habrá jaleo!

- No se preocupe *usté* que no pasaré cerca del palacio. Además, no tengo pistola, ni siquiera llevo el cuchillo que me regalo el tío Pedro. No van a detener a alguien desarmado.

Como siempre, al salir de casa me ha besado, ha acariciado mi cara y me ha revuelto la mata de pelo negro y rizado de la que siempre presume. Ahora sé que me ha sonreído por última vez.

Nos arrastran como a animales, desordenadamente, intentando que nos pongamos de rodillas. Apenas distingo lo que hay frente a mí, son soldados, sí, en una formación impenetrable y oscura como un muro de muerte. La noche no tiene estrellas ni luna. Solo hay un farol que ilumina a los condenados, a nosotros cinco, nuestros verdugos están en la sombra, sin dar la cara, como cobardes.

No pensaba esta mañana brillante de mayo, camino a casa de mi chulapa, que en la madrugada iban a matarme. Ni siquiera cuando en la Puerta del Sol he notado que la gente corría y gritaba que los franceses estaban disparando contra los que impedían la salida del infantico; no, en mi magín solo estaba la Susana y soñaba con pasarlo fetén en la feria de Madrid, adonde iríamos de jarana por San Isidro, balanceándose ella en el columpio que le construiría y que al elevarse mostraría sus naguas blancas bajo la saya roja, jugando a la gallina ciega para poder así abrazar sus carnes prietas y luego reposando juntos bajo el quitasol que siempre lleva.

Y de repente se ha desatado el caos: la caballería francesa ha irrumpido en la plaza. Al principio ha sido un retumbar de la tierra, luego el infierno: un revoltijo de peleles desagarrados, guiñapos de colores sobre charcos de sangre, un siseo de los puñales al atravesar la carne, el silbido de las balas rasgando el aire, sonidos de disparos, gemidos de los agonizantes, *ayes* de dolor que no distinguen idioma, relinchos, maldiciones, olor

a pólvora, a carne quemada, a polvo, a sudor, a meados, a bosta, a miedo. Nunca imaginé que los cuchillos, las navajas, los puños y hasta las uñas y dientes de la gente del pueblo pudieran enfrentarse a los mamelucos bien armados con sables y fusiles; la rabia, la cólera contra los gabachos son unas aliadas poderosas. Ciega, la multitud seguía apuñalando a los vivos, a los muertos, a los caballos... que eran los únicos que parecían humanos... pero ha sido imposible. Las tropas del maldito Murat han acudido y todo ha terminado.

A algunos los han despachado en el acto, un bayonetazo y listo; incluso a mujeres y a niños. Otros corrimos desesperados para huir de la hecatombe. Fue inútil, nos han atrapado como en una red, daba igual que no hubiéramos participado en el enfrentamiento, que lleváramos o no armas. Muchos hemos intentado decir que estábamos allí por casualidad, que no habíamos matado a nadie. En vano, no querían entenderlo. Los gritos e insultos se mezclaban con palabras en francés que no comprendíamos. Ahora sé que en ese instante hemos sido condenados.

En grupos nos han trasladado a los cuarteles que servían de cárcel. A mí me han llevado al de Pueblo Nuevo, con otros desgraciados.

Allí han ido pasando unas horas de angustia y desesperación en las que cada uno expresaba sus temores, sus deseos, la confianza que giraba entre la ilusión de la libertad o las sombras de la muerte.

Los soldados ya vuelven a cargar las armas. Forman una pared de capotes y chacós que les protegen del frío y de la llovizna de la madrugada. Al volver un instante la cabeza veo al Domingo, él está en el siguiente grupo; era el único que no dejaba de repetir:

-Nos van a apiolar, bien *apiolaos*. De esto no nos libra ni el *sursuncorda*.

Y se mordía los puños con desesperación pensando en sus dos hijas pequeñas que lo esperaban en casa, huérfanas desde que su madre murió de sobrepardo. En todo momento ha pensado en huir, aún ahora, mientras nos empujaban, he visto su mirada que buscaba un resquicio de escape. ¡Qué Dios te acompañe, Domingo! ¡Ojalá lo logres! Los que están a tu vera ya están vencidos: la vista en el suelo o la cara oculta con los dedos engarfiados para no contemplar el horror que van a presenciar y a sufrir. Detrás de mí se sitúa el Ambrosio, él creía que no nos fusilarían. Repetía machaconamente que no íbamos armados, que no nos habían juzgado, que alguien, los políticos, el ejército español o quizá el obispo vendrían a sacarnos de allí, a hacer justicia. Ahora, perdida cualquier esperanza, se tapa el rostro con las manos para no ver el desamparo en el que nos han dejado. Nadie ha intercedido, nadie ha movido un dedo por salvarnos. Nos han abandonado a nuestra suerte.

El Gervasio, a mi lado, con los ojos desorbitados por el pánico, por la incredulidad, tiembla con el frío nocturno que se nos cuele en el cuerpo por las camisas y pantalones y por la sinrazón y la crueldad que nos aprieta el alma. No puede creer que un pacífico organillero que alegraba las calles en los días de feria esté aquí. Su único crimen ha sido estar en el lugar equivocado. Allí, en la Puerta del Sol, quedó su instrumento silenciado. Detrás de él, un hombre del que no sé su nombre, en un gesto de desesperación, amenaza con el puño a los esbirros. No lleva ya en la mano el chuzo con el que se defendió bravamente echando pestes de los gabachos y mandando a alguno al otro barrio. Solo queda la rabia en su mirada. El mosén que va a ser fusilado a nuestro lado, junta las manos y echa por lo bajo una bendición a los muertos y a los vivos sin que pueda explicarse a sí mismo dónde está ahora el Dios que permite esta carnicería.

La muralla de soldados se mueve como un ciempiés mortífero. Adelantan la pierna izquierda y los fusiles forman una empalizada erizada frente a nosotros.

Por mi mente pasan como relámpagos luces y sombras: mis juegos al orí por las enlodadas calles del barrio con los amigos, muchas noches de hambre, mi primera comunión con fiesta de agua y azucarillos, las mañanas heladas de los inviernos, el calor de mis hermanos, arrebujados todos junto al rescoldo de la chimenea, mis sueños de aprender a leer, el trabajo de sol a sol por unos reales, las verbenas, madre, la Susana... Todo se lo van a llevar por delante ahora esos hijos de perra... Tengo miedo, sí, pero, no van a verme humillado ni postrado. Aunque nunca nadie contemplará mi gesto frente a los rifles franceses, me enfrento a mis verdugos para que sepan que, aunque esté de rodillas, no estoy sometido y alzo mis brazos en cruz mientras sobre la orden de ¡Fuego! grito: ¡Podréis matarnos, pero no nos venceréis!